

CAPÍTULO VII

EL PRIMER CONTACTO CON EL OCCIDENTE

ESPERANZAS INICIALES Y DECEPCIÓN RECÍPROCA

ABANDONEMOS un momento nuestra división cronológica según criterios políticos y dinástico-shogunales, para insertar unos datos sobre un acontecimiento de gran relevancia para nuestro tema; datos que pertenecen tanto a la época Momoyama (últimos decenios de la fase tratada en el capítulo anterior) como a la de los *shogun* de la dinastía Tokugawa, época tratada en el próximo capítulo. Se trata de la reacción del Japón ante el primer contacto íntimo con la cultura occidental, iniciado a mediados del siglo xvi¹ y terminado en forma casi total alrededor de 1638, iniciándose luego el largo autoaislamiento del Japón respecto del mundo exterior (uno de los hechos más curiosos de la historia japonesa).

Por 1300 Marco Polo transmite, por primera vez, noticias al Occidente acerca de una nación insular, "Cipango".^{1a} Pero el contacto del Japón con la cultura occidental sólo se estableció unos dos siglos y medio más tarde. Como preludio podemos considerar las noticias de navegantes japoneses, que reportan a sus gobernantes el haber visto barcos portugueses en el archipiélago de la actual Indonesia, durante los primeros decenios del siglo xvi. En 1542, una tempestad llevó una nave portuguesa a la isla japonesa de Kyushu; en 1543, los portugueses trajeron al Japón las primeras armas de fuego, que cambiarían pronto la técnica militar y el precario equilibrio entre los *daimyo*, y en 1549 llega al Japón el jesuita Francisco Javier. Desde entonces, el contacto con la cultura europea toma tres formas: 1) las tentativas, que finalmente fracasan,

¹ Una buena introducción al respecto es la obra —ricamente ilustrada— *The southern barbarians*, ed. M. Cooper, S. J., Tokio/Palo Alto, 1971.

^{1a} Como recompensa, su nombre figura con cierta frecuencia en la fachada de establecimientos en las múltiples zonas rosas del Japón. Los rumores sobre una visita del franciscano Odorico de Pordenone al Japón, alrededor de 1325, son controvertidos (véase D. Schilling, M. N., 6 [1943], pp. 86 y ss.).

de introducir el cristianismo; 2) un intercambio comercial, que a partir de 1639, durante el largo autoaislamiento del Japón, se limita al monopolio holandés de comerciar con el país a través de la isla de Deshima, delante de Nagasaki, y 3) una absorción de ideas científicas occidentales, sobre todo a través de libros holandeses, estudiados por un gremio oficial (y muy vigilado) de intelectuales japoneses, conocedores del holandés, que estuvieron en contacto con los concesionarios holandeses de Deshima.

Inicialmente, el contacto se estableció con Portugal, a través de Goa, poco antes de la temporal unión entre las coronas de este país y de España; así, fueron los misioneros portugueses los que recibieron la inicial autorización papal para la cristianización de las tierras niponas. Al comienzo, estos frailes no comprendieron muy bien a cuál autoridad japonesa debían dirigirse: habían llegado en pleno *sengokujidai*, o sea: “época de los estados —y estaditos— en guerra”, y para un neófito, inexperto en el difícil idioma japonés, no era cosa fácil comprender algo del confuso panorama de unos doscientos *daimyo* regionales, conviviendo en precaria paz o dedicados a actividades bélicas, para las cuales se organizaban en alianzas nada estables. Espantados por la pobreza en la que vivía el emperador, en Kioto, pronto comprendieron que el verdadero centro político no era el palacio imperial, y se dirigieron a los grandes líderes militares. La fortuna pareció sonreírles: el primero de los tres grandes unificadores de esta fase, o sea Nobunaga, a causa de su aversión al budismo, recibió cordialmente a los jesuitas portugueses. Había comenzado una verdadera guerra contra las ricas boncerías, y este conflicto le costaba muchas amarguras a Nobunaga: vacas sagradas, bien tratadas, suelen dar una leche excelente; pero irritadas, también pueden dar coces dolorosas. Ahora, para balancear el poder mundial del budismo, Nobunaga se declaró dispuesto a ayudar al cristianismo, en la vana ilusión de que esta religión podía insertarse pacíficamente en el panorama, generalmente tan tolerante, de la religiosidad japonesa, y que —además— la admisión de esta nueva religión lograría efectuarse sin abrir al mismo tiempo la puerta al imperialismo portugués-español de aquella época:² ¡dos errores!

² Mencionemos en relación con esta época, como curiosidad, la obra de Lope de Vega, *El Triunfo de la Fee en los Reynos del Japón*. Como el gran dramaturgo se basa en fuentes primarias que están todavía a nuestra disposición, esta obra no tiene gran interés para la reconstrucción de la historia japonesa de esta época. Los datos valiosos que parece ofrecer, también se encuentran en la *Historia* de Fray Jacinto Orfanal.

Para el contacto oficial de los jesuitas con el palacio shogunal, Alejandro Valignani (1539-1606) fue de especial importancia. En contra de la resistencia de Francisco Cabral obtuvo la admisión de japoneses a la orden jesuita, y a pesar de la crítica desde Roma, impulsó a los jesuitas a mostrar más pompa en sus contactos con los *daimyo* y con el *shogun*. Durante su primera estancia en el Japón (1579-1582) prepara una magna misión japonesa a Europa, la que, pasando por Goa, realiza su viaje de 1582 a 1592.

Importantes para nuestro conocimiento de la vida jurídica del Japón de aquel entonces, son las discusiones dentro de la Iglesia sobre la actitud por adoptar contra ciertas prácticas arraigadas, incompatibles con la estricta disciplina cristiana (la poligamia, la usura, etc.).³ En estas polémicas, Valignani fue de una prudencia admirable, recomendando no cambiar más de lo absolutamente necesario,⁴ y cuando De la Mata, por ejemplo, consideró que el japonés bautizado, que ya hubiera repudiado antes

³ Véase J. López Gay, *Un documento inédito del padre Gabriel Vázquez (1549-1604) sobre los problemas morales del Japón*, M. N., 16 (1960/1), pp. 118 y ss. Este Vázquez, jesuita novocastellano, había sido, unos años antes, colega de Suárez en Alcalá, y como teólogo moral fue muy estimado en sus tiempos. También es importante al respecto, del mismo López Gay, *El matrimonio de los japoneses* —problemas y soluciones según un manuscrito inédito de Gil de la Mata, S. J., 1547-1599, Roma, 1964. El manuscrito en cuestión fue descubierto en 1955 por el doctor Luciano Pereña (véase *Rev. Esp. de Teología*, XVI [1956], pp. 193-213, y se encuentra ahora en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, Universidad y Colegios, 1197 F, folios 66-76. Véase también: P. Alejandro Valignano, *Sumario de las Cosas de Japón* (obra escrita alrededor de 1582), que dedica sus tres primeros capítulos a las extrañas costumbres de los japoneses; también son interesantes las “Adiciones” respectivas, y P. Frois, *Tratado em que se contem... contradições e diferenças de costumes entre a gente de Europa e esta Província de Japao*; obra publicada en 1585, y reeditada por J. F. Schütte en portugués y alemán, bajo el título de *Kulturgegensätze Europa-Japan*; Tokio, 1955.

⁴ Véase Cap. X de sus “Obediencias”.



Uno de los primeros portugueses que se establecieron en el Japón, antes del autoaislamiento.

del bautismo a su primera esposa, debía regresar con ella, Valignani criticó esta opinión como imprudentemente dogmática. Este fraile-estadista provocó mucha discusión en la primera congregación de jesuitas, en el Japón, en 1592, y vemos que su adversario, Gil de la Mata, hizo luego un viaje especial a España y Roma para defender sus puntos de vista.

Pronto, después de este acercamiento desde el lado de Portugal, también hubo un contacto desde la Nueva España. Antecedentes fueron, al respecto, en 1546 el contacto de Villalobos con el náufrago Pero Díez, que halló en las Islas Molucas, y que le relató su viaje al Japón, de dos años antes; y la propuesta de Andrés de Urdaneta, de 1559, seguida por las prudentes Instrucciones del 1 de noviembre de 1564, formuladas por la Audiencia de México y dirigidas a Legazpi, en las que se le encarga de respetar en relación con Portugal el principio de *prior tempore, potior iure*. Cuando, gracias a la famosa expedición de Legazpi y Urdaneta la Corona castellana se encuentra establecida en las Filipinas, el poder español comienza a sentir molestias por parte de piratas japoneses (empresarios de la categoría de *ronin*, o sea *samurai* sin jefe feudal, radicados en la isla de Kyushu), y para poder proceder contra este peligro formula la teoría (desde 1570) de que el Japón cabe dentro de la zona demarcada por Alejandro VI a favor de España.⁵ A la luz de este desarrollo, Hideyoshi, irritado, además, por la dogmática insistencia de los misioneros en la monogamia, comienza a ver en los frailes un peligro, un pretexto ideológico que en realidad servía para que peligrosas influencias imperialistas pudiesen entrar en su país: un caballo de Troya. Además, el producto importante, pero todavía frágil, de las luchas de las últimas generaciones había sido la paz interior, puesta ahora en peligro por las intrigas de los cristianos entre ellos, que a veces llevaron hacia luchas abiertas entre diversas sectas de frailes, cada una con sus discípulos japoneses.⁶

Todo esto explica una llamativa *volte face* de la actitud shogunal frente al cristianismo: el primer Edicto contra el cristianismo, de 1587, al que contribuyeron las noticias de que el Papa tenía un enorme poder mundial, secular, y que, a diferencia de Cristo, su reino era muy de este mundo. Además corría el rumor de que la táctica del rey español era la de cristianizar primero, para luego extender hacia los territorios espiritualmente ya conquistados su poder político y económico. A lo an-

⁵ Véase H. Bernard, *Les Débuts des Relations Diplomatiques entre le Japon et les Espagnols des Iles Philippines, 1571-1594*, M. N., I (1938), p. 109.

⁶ Hay que notar a este respecto que las órdenes mendicantes (franciscanos y dominicos), tan fraccionadas, se encontraban bajo una fuerte influencia de la Corona (en aquella época castellano-portuguesa), contrariamente a los jesuitas, más independientes.

terior se añade que varias fuerzas todavía centrífugas —*daimyo* que no querían seguir al *shogun* en su política centralizadora o que sólo lo seguían con muy pequeños pasos— estaban flirteando con las autoridades cristianas para ver qué concesiones comerciales podían obtener en cambio de su conversión.

Así, en 1587, ya durante la mencionada Misión a Europa, el 24/25 de julio, decretos de Hideyoshi previeron la expulsión de los misioneros.

Sin embargo, por lo pronto no fueron aplicados estos decretos, y sobre todo en Nagasaki, “La Roma japonesa”, la labor cristiana proseguía su camino. Luego, poco antes de la tercera estancia de Valignani en el Japón (1598-1603) hubo un revés, y el 5 de febrero de 1597 veintiséis cristianos (*kirishitan*) fueron martirizados.

La muerte de Hideyoshi, en 1598, no mejoró la perspectiva para el cristianismo; al contrario: la política anticristiana fue continuada ahora con mayor eficacia por Yeyasu, el primer *shogun* de la larga dinastía de los Tokugawa. Y frente a esta política shogunal, el cristianismo estuvo dividido: en primer lugar, los protestantes (ingleses y holandeses que, entre tanto, habían obtenido acceso al *shogun*) intentaron perjudicar a los católicos; en segundo lugar, dentro del campo católico había violentas controversias entre las órdenes, y en tercer lugar, a pesar de la unión entre las coronas de España y Portugal, los nacionales de los dos países respectivos no se solidarizaron ante la política anticristiana del *shogun*, y cuando, por ejemplo, el *San Francisco* de Rodrigo de Vivero y Velasco se hundió, el 30 de septiembre de 1609, de manera que don Rodrigo tuvo que quedarse hasta el mes de agosto de 1610 en el Japón, este español contribuyó mucho al sentimiento antiportugués en la corte shogunal e influyó así indirectamente en la famosa destrucción de la nao *Madre de Deos*, el 6/7 de enero de 1610, en un violento acto japonés, en Nagasaki, motivado por la desobediencia portuguesa al *shogun*.⁷ Así, en 1610 el Japón rompe con Portugal, pero no con España.⁸

Entre tanto, la Europa protestante, aprovechando la desunión entre los portugueses y los españoles, y entre los misioneros, había comenzado a infiltrarse en la corte shogunal, y en 1609 los holandeses ya habían adelantado tanto, al respecto, que la Compañía Holandesa para las In-

⁷ J. L. Álvarez, *Don Rodrigo de Vivero et la destruction de la Nao Madre de Deos, 1609 a 1610*, M. N., 2 (1939), pp. 479 y ss. No pude consultar la *Relación del Reino de Japón*, de Rodrigo de Vivero, 1610, obra muy rara.

⁸ Dentro del panorama político español, don Rodrigo trató de sustituir el contacto Manila-Japón por el de México-Japón; el 16 de julio de 1611, Manila se queja al respecto ante Felipe III.



Representación alegórica (siglo XVII) del martirio impuesto en 1597 a clérigos cristianos, en Nagasaki.

días Orientales pudo establecer su factoría en Hirato. En 1613 los ingleses siguieron este ejemplo.

Entre tanto, continuaba la tensión entre el *shogun* y el cristianismo, y, en vista de la divulgación de esta religión, Yeyasu decidió combatirla inclusive con medios intelectuales, y recurrió a talentosos budistas para poner en ridículo la teoría cristiana. Un caso famoso, al respecto, es el de Banzui'i (1542-1615),⁹ y es curioso que su sensata crítica de ciertos

⁹ Nakamura, *op. cit.*, I, pp. 112 y ss.

dogmas anticipa en mucho la crítica que el volterianismo y los posteriores librependidores dirigían en Europa al cristianismo tradicional. Otro budista que se hizo famoso como adversario polémico del cristianismo, fue Suzuki Shosan (1579-1655). Paralelamente con esta política, empero, el *shogun* recurrió a medidas más directas, y en 1612 Yeyasu comenzó a dar eficacia a las anteriores normas dirigidas contra la nueva religión: en 1614 se inició la deportación de misioneros.

Al mismo tiempo, curiosamente, hubo intentos de intensificar el contacto entre el Japón y el Occidente católico, y un poderoso *daimyo*, Mimasakane Date, señor de Osyū, sin dejarse desanimar por la virulenta política anticristiana del *shogun*, organizó entre 1613 y 1620 una segunda embajada japonesa a Europa.¹⁰ Pero esta contracorriente perdió; en 1621 comienza a perfilarse la política japonesa de autoaislamiento, cuando el *shogun* prohíbe que barcos extranjeros se lleven a japoneses; y en 1633 el edicto de los 17 artículos marca el paso de la política anticristiana hacia la política antiextranjera, y decreta la expulsión de todos los occidentales, clérigos o no, con excepción de holandeses específicamente concesionados, que podían vivir en Deshima (bajo restricciones muy severas). Además, se prohibió a los japoneses que visitasen países extranjeros, y los japoneses que ya se encontraran en el extranjero no recibieron permiso de regresar.

En aquella época, nuevos impuestos (sobre puertas, chimeneas, armarios, ganado, nacimientos y defunciones), en combinación con malas cosechas, habían producido un profundo descontento popular en ciertos territorios feudales, en algunos de los cuales hubo precisamente *daimyo* aficionados a una política caracterizada por el dicho de que “el campesino es como la semilla de sésamo: cuanto más se le aprieta, tanto más aceite da...” En la isla de Kuyshu (que por su situación queda más expuesta a la influencia cultural-religiosa de los “bárbaros del sur”, o sea los portugueses y los españoles de las Filipinas) los cristianos opri-

¹⁰ A pesar de que “en el Japón nada se olvida y nada se pierde”, esta Embajada fue olvidada en el Japón, y en 1873, durante la fase Meiji, el culto Iwakwa, jefe de una (en realidad tercera) embajada japonesa a Europa, se asombró, en Venecia, ante los documentos sobre esta segunda Embajada, de Tsukenaga Hasekura, en representación de Masamune Date. El embajador Hasekura llegó a Europa por vía de Nueva España, y tanto Hasekura como México juegan un papel importante en la novela histórica de Shusaku Endo, el novelista japonés contemporáneo, *The samurai*, Nueva York, 1982, obra basada en seria investigación y excelente lectura para cualquier fin de semana. Otro contacto entre México y el Japón fue la Embajada que salió de la Nueva España en 1611 para agradecer al *shogun* la ayuda japonesa brindada en 1610 a náufragos mexicanos (véase A. Núñez Ortega, *Noticia histórica de las relaciones políticas y comerciales entre México y el Japón, durante el siglo XVII*, Archivo Hist.-Dipl. Mexicano No. 2, Méx., 1923, 2a. ed., Méx., 1971).



Como los japoneses de la fase del autoaislamiento vieron a los holandeses de Deshima.

midos se ligaron al malestar de los grupos campesinos; encontraron un líder carismático en un joven de 16 años, Shiro Amakusa, una encarnación de *Dausu* (el Dios cristiano), el cual, a través de sus generales (dualismo al estilo del existente entre emperador y *shogun*) dirigió la trágica revuelta, la rebelión Shimabara de 1637/8, en la que participaron unos 40 000 hombres. El éxito inicial de la insurrección se debió a la desconfianza entre el *shogun* y los *daimyo*: en 1635 ésta había dado lugar a una nueva norma antifeudal: los señores locales ya no podrían concertar acción militar alguna sin autorización del *shogun*. Así, aunque los señores feudales, afectados por la rebelión campesino-cristiana, en 1637, hubieran querido tomar inmediatamente las medidas necesarias, sólo después de que el *shogun* se había convencido de la seriedad de la situación pudieron comenzar las medidas represivas, y esta relativa lentitud de la reacción del poder oficial animó la extensión inicial de la rebelión, agravando luego la tremenda tragedia de su derrota. El resultado fue un holocausto muchas veces descrito, también en la literatura occidental,¹¹ y en el cual Amakusa, el delegante sobrenatural; sus generales, los delegados para las tareas mundanas, y unas decenas de miles de campesinos perdieron la vida (una mancha sobre el honor de Amakusa hubiera podido ser que, una vez confirmada su derrota, éste no se suicidó; sin embargo, la reputación del joven caudillo se salvó, ante el público japonés (siempre tan interesado en el héroe que fracasa con

va lentitud de la reacción del poder oficial animó la extensión inicial de la rebelión, agravando luego la tremenda tragedia de su derrota. El resultado fue un holocausto muchas veces descrito, también en la literatura occidental,¹¹ y en el cual Amakusa, el delegante sobrenatural; sus generales, los delegados para las tareas mundanas, y unas decenas de miles de campesinos perdieron la vida (una mancha sobre el honor de Amakusa hubiera podido ser que, una vez confirmada su derrota, éste no se suicidó; sin embargo, la reputación del joven caudillo se salvó, ante el público japonés (siempre tan interesado en el héroe que fracasa con

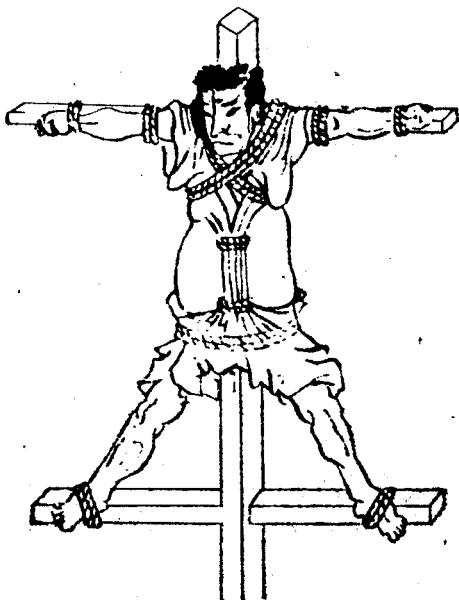
¹¹ Véase en la literatura reciente, Ivan Morris, *Nobility of failure*, Nueva York, 1975, todo el capítulo 7.

dignidad¹²), por el argumento de que su religión, la cristiana, prohibía el suicidio: "si no, Amakusa seguramente hubiera cometido un *seppuku* en forma modelo...".

En esta tragedia, los holandeses se comportaron con gran lealtad, no para con el cristiano y sus correligionarios, sino en relación con el *shogun* y sus propios intereses comerciales. Desde el barco *De Rijp* bombardearon a los rebeldes cristianos, a petición del *shogun*, y con esta muestra de loable solidaridad con el poder oficial del país anfitrión, conquistaron la favorable posición que conservarían dentro del marco del autoaislamiento japonés, como veremos.

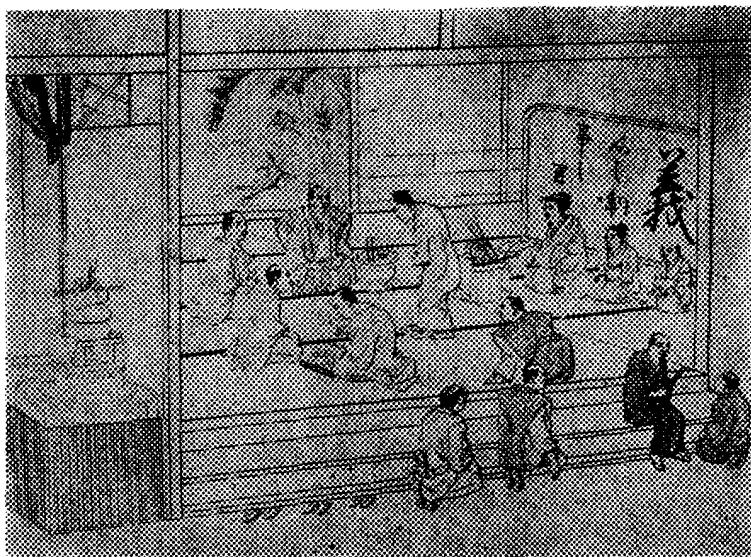
Después de esta total derrota de los cristianos, se usaron castigos y tormentos refinados para obligar a los sospechosos a delatar a otros, y en el catálogo diabólico de las medidas ejemplares, aplicadas a los derrotados y a los cristianos y sospechosos de otras partes del país, hallamos la tortura del agua; el pozo de las serpientes; rebanamiento mediante serrotes de bambú; elevación a un caballo de madera después de cargar las piernas con pesas; tostación; el *mino-odori* (la danza del *mino*, o sea del abrigo de paja, incendiado al comienzo del baile), y la crucifixión, importada desde la tradición cristiana. Novelistas y cineastas de estos días siguen inspirándose, encantados, en los aspectos pintorescos y sádicos que ofrece este episodio de la historia japonesa.

La derrota del cristianismo fue prácticamente total, y los acontecimientos de 1639-1640 marcan el único caso en que la represión estatal haya logrado eliminar íntegramente esta religión: por una vez, "la sangre de los mártires" no fue "la semilla de la fe". Estos acontecimientos aumentaron la influencia oficial del budismo: cada familia tuvo que



Penitencia de crucifixión, una de las pocas huellas que el Cristianismo dejó en el Japón.

¹² La sicología japonesa tiende más hacia la admiración del individuo que se somete, que del héroe que triunfa. El que se somete, obedece; y la obediencia al *fatum* o a la tradición merece respeto; el que triunfa se destaca unipersonalmente sobre los demás, cosa sospechosa.



Ceremonia periódica de *e-fumi*, para controlar que no hubiera nuevos brotes de Cristianismo.

afiliarse a algún templo budista, y el servicio del Registro Civil quedaba en manos de esta religión hasta fines del shogunado, más de dos siglos después.

En 1640, el *Bakufu* (la administración shogunal) organizó una “Inquisición” anticristiana, con sus cuestionarios, sus propios procedimientos, y en Tokio, con el *Kirishitan-Yashiki*, la cárcel de los cristianos.¹³

La reimplantación del sistema de los *goningumi*¹⁴ facilitó la lucha contra el cristianismo clandestino,¹⁵ aunque, desde luego, semejanzas entre la Virgen y, por ejemplo, Koyasu a veces ofrecieron cómodos despiques. Un medio relativamente eficaz para la investigación, empero, era el examen basado en el *e-fumi*, el “pisotear imágenes”, deber impuesto no sólo a los sospechosos sino, en principio, a toda la población, en ceremonias especiales, dos veces al año. Durante este acto, las autoridades debían fijarse en los ojos, la actitud de las manos y el comportamiento en general de la persona que estuviera pisoteando la imagen de Cristo.

¹³ Diego de San Francisco da una terrible descripción de la vida en esta cárcel, en su *Relación Verdadera, etc.*, Manila, 1625.

¹⁴ Véase p. 121.

¹⁵ G. Voss y H. Cieslik, *Kirishito un sayō-Yoroku*, M. N. Monographs Nr. 1, Tokio, 1940. También H. Cieslik, *Die Goningumi im Dienste der Christenüberwachung*, M. N., 6 (1943), pp. 102-155.

La ejecución de las víctimas solía ser combinada con una parada pública, el *hikimawashi*,¹⁶ y en caso de condena a la hoguera, el fuego debía comenzar a cierta distancia del condenado, para darle una última oportunidad de arrepentirse. Otros castigos utilizados fueron el de crucifixión, decapitación, serrote, apertura de vientre, despedazamiento y muerte por hielo.

Parece que el número de cristianos activos nunca excedió el de 300 000, cifra alcanzada poco antes de 1640. La gran persecución, además de unas 35 000 víctimas del drama de Shimabara (probablemente no todos cristianos, sino también campesinos desesperados, aliados de los cristianos pero por lo demás todavía ajenos a la nueva religión) dio lugar a 3 171 mártires, no relacionados con aquella rebelión; también 874 cristianos murieron por privación y enfermedad durante el encarcelamiento.¹⁷

Un decreto del 25 de noviembre de 1664 reforma el sistema administrativo-penal para evitar el resurgimiento de la religión cristiana.

Así terminó lo que C. R. Boxer llama, con algo de exageración, "los cien años cristianos" de la historia del Japón. En realidad, lo importante de esta fase fue, para el Japón, el contacto con la cultura occidental en general, y no específicamente el contacto con el cristianismo. Lo más que puede decirse sobre el impacto de esta religión, es que, a causa de su división interna, sus intrigas y, a veces, su intransigencia¹⁸ haya



Un *fumi-e* (imagen que debía ser pisoteada en las ceremonias de *e-fumi*) con Nuestra Señora del Rosario, Museo Nacional de Tokio.

¹⁶ M. N., X (1954), p. 26.

¹⁷ J. Laurens, M. N. VII (1951), pp. 269 y ss.

¹⁸ La debilitación de la posición occidental en el Oriente, durante el Renacimiento, a causa de disensiones religiosas, también es ilustrada por el caso de Formosa: allí los holandeses protestantes provocaron en 1642 la expulsión de los católicos, para ser expulsados a su vez en 1668.

contribuido al fracaso de este primer contacto del Japón con el Occidente, y, con esto, al aislamiento japonés que luego duró unos 230 años, fenómeno histórico de esencial importancia para este país, calificado como el “máximo intento, en la historia, de parar el tiempo”.¹⁹

El autoaislamiento fue rigurosamente mantenido. Cuando, en 1640, un barco portugués llegó al Japón, sin mercancía, sólo para hablar sobre la posible reanudación del contacto comercial, 61 portugueses fueron decapitados en Nagasaki, y sólo trece fueron perdonados, con el fin de que pudiesen regresar a Macao para reportar el fracaso de su misión. También el 26 de julio de 1647, la embajada del capitán Gonçalo de Siqueira de Souza, que después de la reindependización de Portugal quiso recuperar este contacto perdido, fracasó. Entre tanto, Holanda ya tuvo un contacto firme con el *shogun*, a través de su concesión para tener un establecimiento en Deshima (delante de Nagasaki, una antigua isla, ahora completamente absorbida por esta moderna ciudad), y le era fácil intrigar contra tales intentos.

A través de Nagasaki, habitualmente 13 barcos chinos y un barco holandés, anualmente, mantuvieron el contacto entre el Japón y el extranjero. Además, el jefe de la factoría holandesa tenía el deber de visitar al *shogun* una vez cada cinco años, para informarlo sobre los desarrollos en el Occidente.²⁰

Intentos ingleses de romper este monopolio holandés, en 1673, fracasaron.²¹ Tampoco tuvo éxito Catalina la Grande, cuando en 1792 mandó una expedición naval a Hokkaido. Los ingleses lograron entrar en Nagasaki, en 1808, pero tuvieron que retirarse casi inmediatamente; luego James Biddle, americano, alcanzó Edo, en 1846, pero no tardó en ser expulsado.²² El mundo tuvo que esperar la audaz visita de Perry, en 1853, para que el Japón se abriera al contacto con el mundo noratlántico.

¹⁹ La historiografía japonesa designa esta fase como la del *sa-koku*, de *sa*, cadena, y *koku*, país; la idea es que el *shogun* había puesto una cadena alrededor del Japón, provocando así un autobloqueo.

²⁰ El popular y gracioso libro de Oliver Stalker, *Japanese Inn*, Nueva York, 1962, contiene en el capítulo 6 una descripción de un episodio de este viaje periódico, muy costoso, y cuyos gastos debían ser erogados por la factoría holandesa misma.

²¹ C. F. Boxer, *Jan Compagnie in Japan*, 1672-1674, TASJ, II.7 (1930), pp. 138-203. Bajo el mismo título, pero cubriendo un período más amplio (1600-1817) este autor publicó un libro en 1936.

²² Para tales golpes en la puerta del Japón, desde fines del siglo XVIII, véase J. Feenstra-Kuiper, *Some Notes on the Foreign Relations of Japan in the early Napoleonic Period*, 1798-1805, TASJ, II.1 (1923/4), pp. 55-82, y Shunzo Sakamaki, *Japan and the U.S.*, 1790-1853, TASJ, II.18 (1939), con apéndice sobre los contactos con países distintos de los Estados Unidos. Véase también J. Feenstra-Kuiper, *Japan un die Aussenwelt im 28. Jh.*, 1921.

co, y en el cambio respectivo de la actitud japonesa debemos ver, sobre todo, una repercusión de lo que había sucedido en China, cuando, como consecuencia de la Guerra del Opio (1839-1842) este país se vio obligado, por las armas, a reanudar el contacto con el mundo occidental. Así, en 1854 el Japón celebró tratados de paz y amistad con los Estados Unidos: había terminado el famoso autoaislamiento japonés de casi dos siglos y medio.

Desde el punto de vista cultural, la muralla entre el mundo japonés y el resto del mundo no fue totalmente impermeable: desde los primeros decenios del siglo XVII hubo muchas traducciones chinas de libros occidentales y, a pesar de las restricciones de 1630 y 1685 (considerablemente suavizadas en 1720²³), muchos datos sobre el mundo de afuera pudieron infiltrarse (recuérdese que, aunque los idiomas chino y japonés son totalmente distintos, el japonés alfabetizado siempre pudo leer los textos chinos, con sus *kanji* ideográficos). Además, desde 1745 los intérpretes japoneses de Deshima tradujeron sistemáticamente ciertos libros holandeses importantes. Estos especialistas de la lengua y literatura científica holandesas, organizados y controlados por el gobierno shogunal, formaban la corriente intelectual especial de "holandalogía", *Ran-gaku*, importante eslabón entre el Japón y el mundo. En materia de humanidades, empero, este *Ran-gaku* transmitió muy poco hacia el Japón,²⁴ y, por ejemplo, en Kano Mabuchi, contemporáneo de Rousseau e imbuido por el mismo amor a lo natural y primitivo (cf. sus "Pensamientos sobre el significado de la Tierra"), no debemos buscar un impacto directo de los escritos del romántico y confuso autor francés, sino más bien un reflejo del panteísmo al estilo taoísta (*Lao Tzu*)²⁵ —a pesar de la desconfianza que este autor profesa respecto de la cultura china y la escuela japonesa que estudia ésta, el *Koku-gaku*.

Las traducciones que surgieron del *Ran-gaku* no pudieron circular libremente: eran para el uso privado del *shogun* y sus altos funcionarios, y quedaban en los archivos del palacio shogunal.

Para con el *Ran-gaku* y sus grandes maestros, los *ran-gaku-sha*, surgieron varias actitudes. Una corriente quiso fortalecer primero al Japón

²³ Desde 1720, la descripción de la vida en países cristianos fue tolerada, siempre que no contuviera propaganda religiosa. Véase S. Sakanishi, *Prohibitions of Import of Certain Chinese Books and the Policy of the Edo Government*, Journal American Oriental Society, 57.3 (15.IX.1937), pp. 290-303, y *Traductions Chinoises d'Ourvages Europ. au Japon durant la Période de Fermeture*, 1614-1853, M. N., III (1940), pp. 40-60.

²⁴ M. N., XIX (1964), 3-4, pp. 1-221.

²⁵ M. N., II (1939), pp. 165 y ss.

con propios elementos tradicionales, para luego admitir, muy prudentemente ciertos elementos extranjeros cuidadosamente seleccionados (la Escuela Jöi, con Ohashi Totsuan) ; otro grupo quiso fortalecer inmediatamente al Japón con elementos europeos (Escuela del *Kaikoku*, en la cual encontramos a importantes *ran-gaku-sha*).²⁶ Pero en general, durante el autoaislamiento japonés predominaba una actitud de gran prudencia y de desconfianza respecto de las enseñanzas que llegaron desde el Occidente, y fuera de la física, astronomía, medicina y zoología hubo pocas infiltraciones.

²⁶ W. G. Beasley, *Select Documents on Jap. Foreign Policy, 1853-1868*, Londres, 1955, tiene datos al respecto en las pp. 3-18.